EL SINDICALISTA

DECENAL, ORGANO DE LOS SINDICATOS CONSTITUIDOS EN LA CASA DEL OBRERO

AÑO I | EDUCACION RACIONAL | México, 30 de septiembre de 1913 | LUCHA REIVINDICADORA | NUM. 1

Los políticos no salvarán nunca a la clase obrera, a pesar de todas sus promesas

La democracia política ha resultado un fiasco.

Nadie cree ya en ella, a no ser las multitudes inconscientes, los pueblos que no han llegado a la madurez, las colectividades que se satisfacen aún con abstracciones mentirosas.

La eficacia de los procedimientos políticos, su utilidad práctica y positiva para la clase trabajadora, sólo es defendida por los ambiciosos y los falsos caudillos, interesados en mantener el *statu quo* de la ignorancia popular, en sacar partido de la credulidad de ciertos grupos, novicios todavía en los azares de la lucha y fáciles de seducir con la hueca palabrería de las propagandas electorales.

Los socialistas han considerado el sufragio universal, el voto político concedido al pueblo hambriento, como la más grande superchería, la más escandalosa mixtificación del siglo XIX, y antes que ellos, Juan Jacobo Rousseau decía, con su verbo elocuente, que el acto por el cual un pueblo ejerce su soberanía mediante las elecciones, es el instante mismo en que hace la formal abdicación de sus derechos y el ingenuo sacrificio de sus libertades.

En efecto, no acaban de pasar las elecciones, cuando ya empieza a abrirse un abismo entre electores y elegidos, entre ciudadanos y representantes, entre el pueblo que tuvo el candor de conferir un mandato incondicional e ilimitado, y los hombres investidos con la omnipotencia de ese mandato.

El pueblo queda allá, recluído en el fondo del taller o inclinado fatigosamente sobre el surco, haciendo labor fecunda, labor de esclavo, esfuerzo de titán, para que otros coman y rían y se harten de placeres.

A corta distancia, en el templo de la ley, en las alturas de la representación nacional, los señores diputados comienzan á percibir sus decenas, aprenden á intrigar (si antes no lo sabían), empiezan a ser tentados por el oro de los magnates y por las caricias de los caudillos, hacen, en fin, los primeros ensayos de ductilidad y de cortesanía, y transcurrido algún tiempo, si no es que desde luego, los hombres que ayer predicaban democracia, hacían alarde de radicalismo, sentían latir sus corazones al unísono con el alma del pueblo, se exhibirán sin recato por teatros, salones y prostíbulos, henchidos de vanidad, ávidos de placer, ansiosos de poder y de dinero, formando corte a la alta burocracia y a la alta burguesía, para recoger de su esplendidez o implorar de su magnificencia, lo que el pueblo humilde, el pueblo elector, no podría darles: oro, fiestas, manjares exquisitos, cenas suculentas, orgías a la romana, frívolas diversiones después de la digestión laboriosa o de la siesta enervante y, sobre todo y más que nada, dinero, siempre dinero, cascadas de pesos y torbellinos de billetes, para sostener la posición bruscamente adquirida, para saciar apetitos despertados de súbito, para encaramarse cada vez a mayor altura, en unión de otros favoritos y de otros parásitos, sobre las espaldas del pueblo hambriento, el único productor, la única víctima, pero también el principal elector, según la ley, y el único soberano, según la Constitución . . .

La burda mentira de la democracia política, el indigno engaño del sufragio, hiere los ojos del menos observador e irrita la conciencia más inclinada a la resignación.

El ciudadano de las sociedades modernas es el esclavo de la tierra, del taller o de la máquina; padece hambres y humillaciones, está expuesto a la miseria, al hospital o al asilo; sufre el insulto del amo o la bofetada del capataz, trabaja toda su vida sin encontrar jamás el reposo ni conseguir para sus hijos una atenuación en la áspera lucha, una perspectiva de menor miseria, una mejoría en la ruda existencia, desnuda de encantos y erizada de congojas.

Pero, ¿qué importa? A cambio de esto, en compensación de este cortejo de suplicios, se le concede un boletín de voto, una cédula electoral con la que puede contribuir al nombramiento de un alcalde, a la problemática designación de un diputado, a la diezmillonésima parte de la elección de un presidente.

¿Qué más puede desear? Tiene la libertad política, la augusta investidura del ciudadano, el derecho inalienable de tomar parte en los asuntos públicos; debe conformarse con esos dones de la ley, con esos brillantes oropeles de la democracia, aunque debajo de ellos se oculten la miseria más injusta y la explotación más desenfrenada.

Es ciudadano, pero no es hombre.

Es ciudadano y es elector, pero también es animal del trabajo, igual a la máquina, igual al caballo, igual al buey. ¿Qué importa? El dogma democrático no exige más; se contenta con los derechos políticos, con las excelsas prerrogativas de la ciudadanía moderna.

Libre en la ciudad, esclavo en el taller: para la metafísica de los legisladores, ese contrasentido vale poco [illegible] ifica, es cosa indiferente. Para el obrero que gime bajo el peso de [illegible] de la brutal paradoja, es ello una iniquidad, una ficción jurídica tan criminal como absurda, tan inbécil como intolerable.

La doctrina sindicalista, nacida del cerebro obrero, producto genuino de la experiencia diaria y no engendro enfermizo de las especulaciones de los juristas, rechaza con indignación la horrorosa mentira de la libertad política, inicuamente hermanada con la explotación económica, y busca la liberación del proletario, lejos de las añagazas electorales, de las promesas de sufragio efectivo, de las locas quimeras de redención por medio de la política, y substituye esas ilusiones y esas fantasmagorías por las realidades de la vida económica, por el franco espectáculo de la lucha de clases, por la obtención de conquistas efectivas de bienestar y más altos salarios.

Para ello acude a la acción directa, a la presión ejercida por los proletarios sobre los patronos, sin la peligrosa mediación de los parlamentos corrompibles y sin la ayuda interesada de los poderes públicos sugestionables.

La huelga y el boicotaje son las dos grandes palancas de la acción sindical. En la primera, el proletariado hace uso de su fuerza como productor, negando su trabajo al capitalista que lo explota. En el segundo, o sea en el boicotaje, los obreros esgrimen contra el mal patrón el poder que ellos tienen como consumidores: se niegan a hacer sus compras en el establecimiento del industrial o del comerciante boicoteado.

Con esa doble fuerza, apoyada en la unión de todos los trabajadores, la victoria será al fin y a la postre para éstos. Imposible para la sociedad burguesa vivir sin el trabajo de sus esclavos. Imposible para el comercio capitalista subsistir sin el consumo en grande que sólo puede hacer la innúmera población de los explotados.

De la acción directa, de la huelga y del boicotaje hablaremos en una serie de artículos, demostrando, con la experiencia de otros países, la alta eficiencia de estos medios de lucha.

A. DIAZ SOTO Y GAMA.

El Sindicalista

Decenal, órgano de los sindicatos constituídos en la Casa del Obrero.

Escrito y sostenido por trabajadores

Dirección:
1a. del Estanco de Hombres 44
Tel. Mex. 6653 negro

Todo asunto de redacción deberá tratarse con
RAFAEL QUINTERO

Administrador:
EPIGMENIO H. OCAMPO

Registrado como Artículo de Segunda Clase.

LA CLERIGALLA

Vientos de hipocresía soplan sobre la clase trabajadora.

Los eternos fariseos, arrojados del templo por el látigo del Cristo, vérguense triunfantes amparados por su mendaz santidad.

Los eternos expoliadores, hermanos carnales del capital: los frailes, que embrutecen y denigran el pensamiento, no permitiendo que salga de su estrecho círculo, vuelven a la carga, impetuosos y fieros, capaces de todas las infamias y de todas las diatribas.

No importa; el pueblo de 1913 no es ya el pueblo de la dictadura porfiriana: conoce a maravilla los procedimientos de esa gentuza que también es ávida de [illegible]hol y sangre.

¡Sindi[illegible]os! ¡Qué irri-[illegible]! Si el sin[illegible]ato es el templo de la libertad, no la ergástula de la mentira y el foco de la maldad; los sindicatos obreros son pináculos inmarcesibles para los castrados del yo, verdaderos Chimborazos acariciados por las nubes, no charcas pasivas donde todo se prostituye y todo se macula. Las grandes obras son hechas por los hombres que no tienen etiqueta en el pensamiento y pueden pensar como y cuando les venga en gana.

Trabajadores que dejáis vuestro pensamiento en plena libertad, como los condores, a golpe de ala, se remontan al infinito, conocedlos; detrás de la idea sindical *católica* se encuentra la adulación, se encuentra el embuste, se encuentra la propaganda política para mendigar vuestros votos en las próximas elecciones presidenciales.

¡Qué sarcasmos! ¿Cuándo se habían preocupado los reverendos católicos de vosotros para uniros? ¿Cuándo y en qué época se habían preocupado los santísimos católicos para ilustraros en ideas libertarias, como es la ilustración racionalista que DEBE inculcarse en los verdaderos sindicatos obreros? ¿Cuándo? Sólo cuando llega el interés, porque los católicos nunca trabajan de balde: para bautismos, paga; para comunión, paga; para matrimonio, paga; para morirse, paga; para entierros, paga; para bendiciones, paga; para misas, paga; y para uniones obreras: votos de ciudadanos.

El pueblo, y sobre todo el trabajador consciente, ya os conoce, por detrás de vuestras promesas se oye el rozar de la sotana por las bambalinas de vuestras sacristías; vuestros procedimientos son perfectamente conocidos; a nadie podéis ya engañar. . . . ¡Ea! fuera el ropaje del catolicismo para presentaros como los conservadores de épocas pasadas, con todas vuestras ambiciones demostradas en vuestros rostros abotagados por la gula y la crápula. Con tal deconseguir el poder sois capaces de todo, *hasta dela ignominia;* quien trajo usurpadores a México, no puede fabricar más que nidos de víboras y traidores.

Trabajadores: el chacal lanza sus aullidos en la lejanía, ya se acerca; ¡a prepararnos a la defensa!

Hacedlo por los explotados en las minas, en los campos, en los mostradores, en los talleres, en las redacciones, en todas partes donde haya manifestación de la actividad humana.

RAFAEL PEREZ TAYLOR.

Al socialismo convergen los esfuerzos de la humanidad

Todos y cada uno de los pasos dados por la especie humana han sido encaminados hacia la civilización y progreso de los pueblos; por eso vemos en cada una de sus más simples manifestaciones la tendencia hacia el perfeccionamiento.

Desde las primeras edades de la tierra y aun antes de la aparición del hombre, las especies animales que la poblaban sintieron la necesidad de ese perfeccionamiento, que por naturaleza fué efectuándose; de ahí la aparición del hombre, ser salvaje en su principio, que, careciendo absolutamente de todo rasgo de cultura y civilización, fué desarrollándose, y obligado por esa misma ley natural de perfeccionamiento y en la necesidad de ponerse a cubierto de los rigores de la naturaleza, de las garras de las fieras y aun de las mismas garras de sus compañeros, fué como empezó su obra de adelanto, inventando los más rudos instrumentos de caza y las más toscas armas de combate; de ahí nació, pues, la civilización que lentamente ha ido evolucionando desde aquellas remotísimas edades, hasta llegar a la presente.

Hay más razones aún que nos convencen de la tendencia que todas las cosas tienen por el progreso, y para ello bástanos observar las grandes transformaciones operadas en los reinos animal y vegetal a través de todas las edades: cambian las formas y se modifican los elementos, animados los seres y las cosas por el afán de perfeccionarse. Y así como en el orden físico todo se transforma, impelido por el anhelo de perfección, así también en el orden moral, cada siglo exige nuevos métodos y principios adecuados que garanticen su armonía.

Por eso los hombres de ciencia de la antigüedad, filósofos y maestros, hasta los sociólogos eminentes de nuestra época, se han preocupado y se preocupan por encauzar esa tendencia progresiva de los pueblos para conducirlos hacia un solo fin deseado: la felicidad humana.

Con efecto, todos los hombres de talento y de grandes aspiraciones han ayudado, cada quien en su medio, á la realización de tan nobles aspiraciones; probado está que tanto los primitivos cristianos, como los masones del pasado siglo, ayudaron a levantar el espíritu de las masas para poner un dique a las negfas infamias que cometían en aquellos tiempos los zánganos de bonete y de testa coronada.

Afortunadamente, esa ley natural nos obliga á seguir adelante y ¡ay de aquel que se detenga! Será arrastrado por el carro del progreso. Nos obliga, sí, a buscar otros métodos de lucha a derribar obstáculos y a borrar prejuicios que impiden el avance de la ciencia.

Y bien, deben estar satisfechos todos los hombres que con este fin han luchado, porque hemos encontrado la orientación que nos llevará a la consecución de esa tendencia hacia el progreso que ha engendrado nuestros ideales; esta orientación es el socialismo libertario, único factor de las grandes reivindicaciones humanas.

El socialismo es y debe ser la religión del proletariado, puesto que es la purificación de las ideas concebidas por los hombres de carácter y de ciencia, por esos genios que, haciendo a un lado todo prejuicio, han sabido abrir paso a la verdad, y marchan siempre adelante, en busca de la libertad y de la justicia.

El socialismo es el ideal de los ideales, puesto que está inspirado en la necesidad de mitigar dolores, enjugar lágrimas e iniciar a la humanidad una era de felicidad y de confraternidad universales.

Y sin embargo, el socialismo tiene sus detractores: los que no comprenden o no quieren comprender la razón, los que cierran los ojos para no recibir la luz de la verdad; en otras palabras, los irredentos. Pero yo digo, y conmigo todos los hombres conscientes, que el socialismo, con todas las bondades que predica, será una realidad, impulsado precisamente por la inclinación de todos los seres y las cosas hacia la verdadera perfección.

Y entonces . . . . . cuando la sociedad que soñamos se levante lozana y majestuosa, radiante de luz y alegría, sobre las ruinas del presente, podrán cantar los dignos héroes del trabajo el himno grandioso de paz, libertad y amor.

Entonces . . . en ese risueño entonces que miramos en lontananza se hará justicia; y los hoy ultrajados y calumniados, los hoy ilusos, utópicos y desequilibrados, serán los apóstoles de la redención humana.

ANASTASIO S. MARIN.

El sindicalismo y las religiones

Hace algunos días que comenzaron a circular entre los sastres de la capital, unas pequeñas hojas impresas, en las que se convocaba a los obreros católicos, de ese ramo, para la formación de un «Sindicato Católico,» y como quiera que esto es de llamar la atención, es oportu nohacer algunas observaciones que, sin duda, servirán para explicar lo que debe ser un SINDICATO.

Se da el nombre de sindicato a la reunión de varios trabajadores de un mismo oficio, que se agrupan para defender, colectivamente, sus derechos y procurar su mejoramiento general.

Pero, como la base de ese mejoramiento es la cuestión económica, el principal objeto del sindicato es aumentar el salario, aumentándolo siempre y teniendo SIEMPRE presente que el salario, por el solo hecho de serlo, JAMAS llegará a ser demasiado.

Ahora bien, como este sistema de lucha aspira a reunir en su seno a todos los trabajadores de un mismo oficio, ha establecido en sus preceptos el abstenerse completamente de tratar cualquiera cuestión religiosa, por ser aún motivo de división entre los hombres, los diversos sistemas religiosos.

El sindicato no tiene más religión que la del trabajo, religión nueva que llegará un día a ocupar el lugar que le corresponde, borrando con la fraternidad el estigma bíblico que consideró el trabajo como una MALDICION, cuando es la fuente, el único manantial que ha fecundado el progreso y la única esperanza que a la humanidad alienta.

Por esto, el sindicato no pregunta al trabajador: ¿A cuál Dios adoras?, sino que le dice: ¿Cuál es tu pena? ¿qué humillación sufres? ¿qué desgracia te abruma? Ven con nosotros, que somos tus compañeros de fatigas, que, como tú, aspiramos á mejorarnos y sentimos un inmenso anhelo de justicia.

Esto es lo que el sindicato dice al trabajador, y en su seno caben todos los oprimidos, todos los desgraciados, no importa cuál religión profesen ni cuál credo político defien dan Y la razón es obvia. Si un sindicato fuera sólo de católicos, ¿qué harían éstos el día en que un señor cura, por ejemplo, o un patrono también católico, abofeteara o robara su trabajo a un compañero del taller que no fuera católico? Probablemente aplaudirían la acción, siguiendo el estrecho criterio religioso, que ve en cada individuo que no profesa la misma religión, a un enemigo a quien se debía exterminar; llegando en su obcecación, hasta el grado de creer meritorio tal atentado.

Por esto es que el sindicato sólo quiere que todos sus asociados sean trabajadores, es decir, explotados, condición común que hará que todos ellos luchen unidos para conquistar sus ideales.

Los sindicatos obreros no deben, (si quieren prosperar) ocuparse de religión; pueden individualmente sus miembros ser tan creyentes como quieran, pero no siendo el objeto del trabajador asociarse para ningún fin religioso, debe desechar las insinuaciones de los que pretenden distraerlo de su verdadero objeto, explotando los sentimientos religiosos que de muy buena fe profesa, pero que no debe confundir con los intereses de clase. En tal virtud, deben estar convencidos todos los compañeros del oficio, que si quieren mejorar su condición y legar a sus hijos un porvenir menos incierto que el que los amenaza, deben interesarse ellos mismos por su situación, persuadidos de que ellos y sólo ellos, por medio de la unión, principalmente, y por medio de la lucha constante, después, podrán llegar a ocupar el puesto que la civilización debe al obrero consciente

LUIS MENDEZ.

Actitud del Sindicato de Tipógrafos

A nuestros compañeros obstinados en desconocer el acuerdo que puso fin a los trabajos de la Confederación Nacional de Artes Gráficas, para iniciarse en la lucha radical por el bien del gremio

Hace unos cuantos días que en el salón de la Academia nos encontrábamos disfrutando de un ambiente libertario; de un ambiente que, por su naturaleza misma, nos presentaba despejados los horizontes de la redención obrera.

Tal vez vosotros mismos, a pesar de la obstinación que os ha hecho su presa, estéis notando que aquel ambiente es indispensable; y por lo mismo, no me explico qué razones tendréis para preferir el que os está arrebatando la existencia de obreros libres, conscientes de vuestros derechos.

Y no acababan de transcurrir siete días desde que nos reunimos en aquel lugar, para tomar el acuerdo que todos conocemos, cuando ya circulaban por ahí algunas convocatorias... ¿Quién citaba?... ¡Oh ironía! La mesa directiva de la Confederación Nacional de Artes Gráficas!....

Abrid bien los ojos de vuestras conciencias, y decidme: ¡Qué derecho os asiste para reuniros al amparo del título de una sociedad extinta?

Os estáis burlando, con vuestra actitud, de cuanto bueno haya hecho la Confederación, sencillamente porque habéis precipitado su desprestigio.

¿Qué estatutos os rigen?

No me digáis que los de la Confederación, porque habéis escuchado perfectamente el vocerío entusiasta de una abrumadora mayoría que aprobaba la transformación de la «Confederación Nacional de Artes Gráficas» en «Sindicato de Tipógrafos.»

Y bajo el peso de aquellas elocuentes manifestaciones de júbilo, iba quedando sepultada la sociedad de resistencia mal entendida, llevándose consigo, naturalmente, su caduco reglamento.

Y nació el Sindicato de Tipógrafos; nació con energías tangibles porque desde un principio se impuso la tarea de inscribir en su pendón el sagrado lema de la manumisión obrera.

Y sólo vosotros permanecéis indiferentes a esa suprema aspiración que se deja sentir entre nuestros abnegados compañeros, comparándoos con los murciélagos que rehuyen las luces de la aurora porque sólo laboran en las tenebrosidades de la noche . . .

¿Qué perseguís?

Yo quiero creeros de ideas más elevadas, a pesar de la opinión dominante, de que vuestra única preocupación es un insignificante capital.

No, compañeros; yo sigo creyendo que aun hay algo noble en vuestras miras, y que lo que habéis hecho es sólo un error pasajero; habéis creído digno seguir luchando en una forma de suyo inconveniente, sin tener en cuenta que habéis dejado de acatar la voluntad imponente de una asamblea.—(*Reglamento interior de discusiones, cláusula segunda:—El número competente de personas para la apertura de sesiones ordinarias, será, cuando menos, de quince, y el de sesiones extraordinarias será de diez,* ENTENDIÉNDOSE QUE LOS ACUERDOS, DISPOSICIONES, ETC., ETC., SERÁN RESPETADOS EN TODAS SUS PARTES POR TODOS Y CADA UNO DE LOS CONFEDERADOS, AUN CUANDO NO ASISTIEREN A ESAS REUNIONES.)

¿Es así como debemos conducirnos quienes nos preciamos como obreros de la inteligencia?

Nunca, compañeros.

Así, pues, aun es tiempo para que reflexionéis.

Uníos a nosotros, como lo aconseja la razón, y habréis desmentido las ideas de quienes opinan que os preocupáis más por un capital mezquino, que por la causa justa y noble del proletariado.

No desmayéis; vamos a luchar por nuestros sagrados intereses, y dejemos ya de presentar el ridículo espectáculo que debe avergonzarnos ante nuestros hermanos los obreros de las demás naciones civilizadas del universo, y que está dando margen a que se acentuén nuestras legendarias divisiones.

***

Como habéis pasado por encima de la legalidad, el Sindicato de Tipógrafos—¡oídlo bien!—mirando un poco más alto que vosotros, da por terminado el conflicto, si así puede llamarse, dejándoos con los fondos que habéis defendido a toda costa y con vuestra torcida idea de que subsiste la «Confederación Nacional de Artes Gráficas.»

El Sindicato ha deseado entrar en una lucha de sanos ideales, y le place encontrar, desde su fundación los momentos de prueba que, una vez pasados, decidirán el triunfo que persigue.

Y asume esta actitud el Sindicato, porque no se le oculta que tarde o temprano, convencidos de vuestro error, con fondos o sin ellos, vendréis a trabajar con nosotros en pro de la manumisión obrera; y en cualquier momento os recibiremos con los brazos abiertos.

Así, de cara al ideal, despreciando mezquindades, ha dado el Sindicato de Tipógrafos su primer paso hacia la causa levantada que lo alienta.

H. C. GARCIA.

Compañeros:

Defectos inherentes a todo principio de organización, impidieron que EL SINDICALISTA—vuestro látigo de fuego, vuestra arma en el combate por la felicidad que ambicionáis con el ansia febricitante de los náufragos— apareciera antes de la presente fecha. Mas, después de haber salvado los primeros obstáculos, y decimos primeros por los muchos que hay que salvar en cualquiera manifestación de nuestra lucha, creemos no faltar a nuestra promesa asegurando que, a partir de hoy, EL SINDICALISTA lastimará los oídos de la canalla burguesa con sus clarinadas de verdad, tres veces durante el mes.

Aprestaos, pues, a darle vida robusta con vuestra solidaridad y con vuestro concurso intelectual. Su eficiencia reclama el esfuerzo que ha de reventar mañana en fructificaciones bienhechoras.

Hermanos de miseria: ¡Luchemos!

Hiera la verdad la susceptibilidad de los escépticos y fanáticos, dé fuerza al débil, valor al indeciso, y resplandezca con su hermosa desnudez envuelta por la aurora de las reivindicaciones.....

Los imperios y los reinos se desmoronan al empuje de las necesidades sociales, pretendiendo terminar con los tiranos; el servilismo y la esclavitud, buscando la última forma para los gobiernos: la república;—mas los pueblos que han pasado por esta evolución sólo han dado un paso hacia su mejoramiento, pues los hechos nos dicen que esta forma de gobierno, carcomida tenazmente por los ambiciosos, no es, en verdad, la última palabra.

Todos los gobiernos han tendio sus partidarios, sin embargo de ser toda forma de gobierno aceptada hasta hoy, detestable, porque, moderada o despóticamente, sólo significa tiranía.

Quiero decir que siendo estas evoluciones las que han conmovido más rudamente a la humanidad, las que han segado más vidas, las que han dado lugar a todas las miserias que azotan a la sociedad, tan sólo han abierto brecha para dar paso a la verdad, a la única verdad pura y desnuda: el socialismo; él, que trae, como Jesucristo en el templo, un látigo para los enemigos de su hermoso ideal, sintetizado en estos vocablos: IGUALDAD, FRATERNIDAD Y AMOR.

***

Compañeros tipógrafos: Para llegar hasta vosotros vengo buscando la verdad, y verdad es que los imperios tienen y han tenido sus imperialistas; las monarquías sus monarquistas, las repúblicas sus liberales y conservadores. Para pasar por todas estas evoluciones, ha habido lucha formidable; la lucha del tiempo arrasando todo lo pasado que, por deficiente, ya no responde a las necesidades de la humanidad.

Así ha sido la lucha emprendida contra nuestra amada Confederación: fuerte y tenaz, porque ya no respondía a nuestras aspiraciones y necesidades; porque habiendo sido joven y fuerte, pronto agotó sus energías; porque siendo en el combate los primeros, estábamos siendo los últimos; porque se apoderó de nuestros espíritus el orgullo, el egoísmo y la indiferencia; porque viviendo aislados, creímos ser fuertes y por ende caímos en el más profundo abismo que se conoce: el error.

Mas plugo al movimiento evolutivo que desapareciera ese error y la venda que cubría nuestra vista y ofuscaba nuestro cerebro, empujándonos a la lucha intestina en nuestro campo de acción, donde la razón, que es la idea que sostenemos, ha triunfado. Yo os digo: no somos nosotros, no, los vencedores en la justa, es la idea, y si cerráis los ojos a esta verdad buscando como armas los defectos de los hombres, recordad las sublimes palabras del mártir del Gólgota: «El que se crea sin pecado, que arroje la primera piedra»

Si la indiferencia persiste en vuestros espíritus; si en la lucha habéis perdido vuestras energías y os conformáis con vuestra condición de parias, si cerráis vuestro corazón al único emblema: IGUALDAD, FRATERNIDAD Y AMOR; si queréis legar a vuestra familia el vicio y la abyección, mirad que con vuestra actitud sólo obtendréis en el ocaso de vuestra vida el horrible, el más cruento remordimiento, acicateado por la miseria, cuando, por impotentes, os echen del taller, y la sociedad, cruel e indiferente, os arroje como basura pútrida.

No, compañeros, no os ceguéis al primer rayo del sol de la libertad, abrid vuestros brazos, tanto, tanto, que en estrecha unión sellemos nuestros corazones con la verdadera confraternidad. Fuera temores! Ya se oyen las fanfarrias y el canto guerrero que nos convidan a la necesaria revolución de las ideas; ahondemos, ahondemos, hasta que el fuego santo nos queme y digamos: no queremos más . . . . .

Y purificada la sociedad actual, tienda majestuosa su mirada y envíe su ósculo de paz a los cielos serenos e impasibles.

SALVADOR LIZAOLA.

Qué significa el sindicalismo

En la palabra socialismo no se compendian las ideas disolventes, como equivocadamente vociferan los retrógrados.

El socialismo es la lucha por la emancipación de los que sufren, es decir, la redención de las clases trabajadoras.

En el socialismo encontraremos LUZ, PROGRESO, LIBERTAD.

Por eso yo, como partidario decidido de ver sin antifaz hacia el porvenir, os exito, compañeros tipógrafos, a que oigamos todos el llamado de nuestros hermanos de la Casa del Obrero Mundial, pues nadie sino ellos serán los propulsores de nuestro adelanto en el terreno de las reivindicaciones.

Demos una verdadera prueba de cultura evitando que nos llamen obcecados.

Si hay entre nosotros inconscientes, hagámosles conocer la verdad y, uniéndonos en brazo fraternal, formemos un bloque gigantesco y sólido que, cuando se derrumbe, sea para exterminar a los tiranos y explotadores.

JESUS RUELAS.

Casa del Obrero

HORARIO DE ASAMBLEAS

Sindicato de Zapateros. Lunes, a las 8 p. m.
Sindicato de Carpinteros. Martes, a las 7.30 p. m.
Sindicato de Sastres. Miércoles, a las 8 p. m.
Sindicato de Tipógrafos. Domingos, a las 10.30 a. m.

Valor y serenidad

Compañero sastre:

¡Qué bello es el ideal cuando, como luz del alba, surge de la mente inquieta que quiere decir algo a los corazones muertos, donde no palpita el sentimiento de ser libre y el deseo de romper la cadena férrea de la tiranía burguesa, que te ata al carro que arrastráis, lleno de hambre y de miseria!

Tal vez te extrañe que te hable de sindicalismo; mas no temas ni creas que con mi modesta pluma vaya a causarte heridas que aumentar pudieran el dolor de tus flageladas espaldas, que provocan a tu vil explotador, carcajadas llenas de burla y de desprecio, siempre que contempla tu triste situación.

Tus lamentables debilidades y timideces te hacen temblar cuando estás delante del burgués a quien trabajas, y tu alma se marchita al soplo imbécil del tirano capataz que te da el trabajo.

No temas ni te amedrente la mefistofélica mirada que enfurecido te lance tu déspota patrón. Suspende un momento el constante movimiento de tu brazo y de tu diestra que maneja la inflexible aguja con que hilvanas afanoso las flamantes telas de los trajes con que cubren sus llagas los parásitos de la sociedad explotadora, que fomentan con el oro que produces la crápula y los vicios de que hacen ostentación en las anchas avenidas que transitas macilento.

No te preocupe ni te llame la atención que esa gangrena social pase veloz ante tu vista, envuelta en lujosos atavíos. Es la burguesía que marcha en rávido automóvil hacia el ocaso.

¡Y qué importa que vaya al abismo, si de su nulificación depende tu felicidad, tu futuro bienestar y el abundante pan para tus hijos!

Si eres hombre, debes conquistar tu plaza de ser libre y no hacer nunca un dios del ser abyecto que te oprime y absorbe en el taller como pulpo, la sabia de tus pulmones, en holocausto de los placeres que le brindan las orgias.

No inclines jamás tu cabeza honrada en señal de humillación, ni dobles tu rodilla ante aquel que te explota, y ávido de riquezas te somete a un proceso bestial de sus caprichos.

Si acaso no te importuna mi porfía de indicarte el sendero de tu emancipación, escucha y no te fastidie mi prédica libertaria. Sólo quiero tu reinvindicación, porque ya no es tiempo que vivas en el fango en que te encuentras.

¿Recuerdas de aquellos que eran tus amigos cuando eran operarios como tú, y participabas con ellos tus miserias pecuniarias a la hora de comer y paseaban juntos?

Esos, ahora te desconocen. Unos, porque son maestros cortadores y se codean en estrecha unión con el burgués explotador, y otros, porque tienen capital a costa del trabajo de sus cándidos amigos y de los necesitados que para dar pan a sus pequeños hijos, trabajan por cualquier cosa.

Pero, ¿quieres que te explique cómo hacen su fortuna los patronos que tienen capital y grandes sastrerías? Pues sencillamente: cuando eran operarios o simples cortadores de las sastrerías de burgueses que nunca han sido sastres, convencidos de que un solo hombre, con su trabajo puramente personal, no puede ganarse una fortuna, esto es, sin explotar a los demás, ponen un taller a las órdenes del público con unos cuantos operarios al principio, y después, si la clientela les es favorable a estos patronos noveles que por primera vez se lanzan al estadío mercantilista, solicitan más obreros y a todos ellos pagan un sueldo miserable que nunca represénta el valor íntegro de su trabajo. Y para tenerlos conformes les fingen toda clase de consideraciones y un respeto aparente.

La fama del obrero y perfeccionamiento en sus labores la aprovechan los patronos para darse bombo y cobrar más caro el traje al parroquiano, y no han pasado muchos años cuando ya cuentan con una fortuna más o menos considerable.

¿Y piensas que tu mal no tiene remedio?

Reflexiona que la unión hace la fuerza que resolverá prácticamente los problemas sociales del proletariado. Pero no creas que la unión de que te hablo se hace por obra y gracia del Dios de los farsantes de las mil y tantas religiones que en todas partes del mundo se disputan el primer puesto.

Ten valor y serenidad y ven a unir tus esfuerzos en el "Sindicato de Sastres," con los compañeros que luchan sin descanso por alcanzar su mejoramiento.

Quiero que seas hombre y te yergas altanero y resuelto a vencer en el combate. Y ojalá abandones tu inercia, para ver en realidad la luz del sindicalismo en las verdades innegables de la sociología moderna, que te hará decir al proletario indiferente: ¡Abajo la apatía; lucha y vencerás! E. H. OCAMPO.

EL OSO DE LOS BOHEMIOS

Manchado por el fango de todos los caminos,
limados brutalmente los potentes caminos,
sujeto a una cadena, puesto un férreo bozal,
clavado un hierro en el cartílago nasal,
inconsciente tal vez del gesto de belleza
que hay en el oscilar de su chata cabeza,
y sometido al duro, al insufrible ultraje
de que provoque risas su majestad salvaje,
mandado por un sucio hampón de mala traza,
un oso, dócilmente, bailaba en una plaza.

Movía pies y manos, depuesto el gesto fiero,
siguiendo el ritmo isócrono de un pringoso pandero,
y su ventrudo cuerpo pesadamente erguía
con un aire grotesco, y la gente reía. . . .
Y él sufría en silencio que escupiera su frente,
la carcajada estúpida y cruel de la gente.

—¡Pobre oso esclavo! Al verte con la cadena preso,
yo he sentido el impulso de ir a ti y darte un beso,
como aquel que en las lepras santamente ponía
la excelsamente buena santa Isabel de Hungría!

¡Pobre oso esclavo! Tú, que en las libres montañas
ambulabas dispuesto para épicas hazañas,
tomando de la encina la robustez del nervio
en tu extenso dominio y en tu fuerza soberbio,
mirando como dueño, con augusta fiereza,
las desnudeces santas de la Naturaleza,
tu madre, hoy te resignas a ver que un miserable
haga danzar tu cuerpo heroico y formidable,
y él, un vil pordiosero, te haga a diario la afrenta
de decir a una dama a quien tu danza lenta
asusta, y temorosa de tí su ruta pierde:
—¡Pase usted sin cuidado, señorita; no muerde!. . .

¡Pobre oso esclavo! Tú, puesto el duro cilicio,
que atraviesas a diario por el rudo suplicio,
de que a ti, que eres símbolo de libertad y fuerza,
un golfillo te tire con un troncho de berza,
y algún siervo te mire con ridículo alarde,
y te haga burlas una muchedumbre cobarde. . . .

¡Pobre oso esclavo! Tú, que en las libres montaña
escupías al cielo tu rugir poderoso;
recuerda aquellos sueños de inmortales hazañas,
de aquel tiempo en que eras de la selva el coloso,
y cuando el amo —¡el amo!— te diga: ¡Baila, oso! . .
alza el brazo y, de un golpe, rásgale las entrañas!

E. TORRALVA BECI.

¡Bienvenido sea!

Una buena nueva vamos a comunicaros, hermanos tipógrafos y hermanos de todos los gremios.

No olvidaréis que, a raíz de la fundación de la Unión Cooperativa Linotipográfica, la Casa del Obrero invitó a sus miembros, con el propósito de que celebraran sus sesiones en nuestro humilde local de toscos asientos, y que ellos, prefiriendo el flamante salón del Departamento del Trabajo, despreciaron nuestro llamado y hasta descuidaron contestarnos.

Pues bien, para borrar tan ingrata impresión, ponemos en vuestro conocimiento que el compañero Silvino Mota, presidente hasta hace unos cuantos días de la sociedad de referencia, renunció el puesto, no sabemos si disgustado por el giro netamente capitalista que ha tomado aquélla, y ha manifestado deseos de ingresar al Sindicato de Tipógrafos, para luchar con los que no hablan de dinero, sino de buena voluntad, de amor, de ideales infinitos.

¡Bienvenido sea, y con él todos los que hurguen la verdad para enfrentarse con el Destino, conscientes de su misión sobre la Tierrra!

Mil manos encallecidas os esperan, para estrechar la vuestra, compañero Mota!

FULGORES DE TRIUNFO

Tinta roja! Pon tu mancha escarlata sobre el albo papel.

Que sea la trompeta de fuego que llame a la lucha a los cansados o débiles, a los que rehuyen el combate. En marcha, pues, no os dejéis rendir por la fatiga.

Este es el hossana que os llama a la lid, por la existencia. Es el grito rojo que llega, como los primeros tintes de la aurora, anunciándoos el nuevo día, el día más bello, el día de la reivindicación social.

El sol fulgente de la Libertad alumbra con sus rayos abrazadores el triunfo del Derecho.

Ya parece advertirse el eco del canto jubiloso entonado por las huestes de escarnecidos, de vilipendiados, de befados, de humillados, que celebran la victoria elaborada con todos sus dolores, con todas sus afrentas, en todas sus vigilias.

....

Y al pensar que han de sentir en sus testas, antes inclinadas por el yugo implacable, el ósculo regenerador del verdadero progreso, lanzan el hurra formidable que atruena en los ámbitos como el aleluya sublime que guiará hacia la Ciudad Nueva, por la fraternidad, por la perseverancia y por la unión.

FRANCISCO CORTES.

PARA EL PUEBLO QUE RIE

Como el agua en el cauce, la mascarada
Va por la calle enorme. ¡Cuánta tristeza
Me inspiran esos rostros pintarrajeados
En que puso su estigma la decadencia!

¡Pobres huestes de idiotas! ¿Quién os arrastra
Llenos de coloretes a las fiestas
Como un mono a los circos? Vais riendo
Y se os ve del dolor la horrible mueca!

Os dicen: ¡a reir! y allá en tumulto,
Siempre en tropel, rebaño de carneros!
Os lanzáis á reir. ¡También os dicen:
¡A matar! ¡Y allá van vuestros ejércitos!

¡Siempre pieza de máquina, utensillo!
O verdugo o bufón: ¡Siempre instrumento!

ALBERTO GIRALDO.